ROSENDO TELLO AINA

FABULA DEL TIEMPO

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

ZARAGOZA

1969

ROSENDO TELLO AINA

Nació en Letux, Zaragoza. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza. Oposiciones de Lengua y Literatura españolas lo llevan al Instituto de Enseñanza Media de Huesca, donde actualmente reside.

Su primer libro, **Ese muro secreto, ese silencio,** se publicó en Zaragoza y en la colección "Orejudín", en 1959. Toda la crítica señaló la rara originalidad de este libro, que se anticipaba en una década a la actual poesía.

Con su nuevo libro, **Fábula del tiempo,** Rosendo Tello acaba de conseguir el primer premio de poesía "San Jorge", convocado para premiar el mejor libro de autor aragonés o residente en Aragón. El Jurado que se lo otorgó fue: Presidente, Dr. D. Fernando Solano, catedrático de Universidad; Vocales: Dr. D. José Manuel Blecua, catedrático de Universidad; Dr. D. Félix Monge, catedrático de Universidad; Dr. don Luis Horno Liria, crítico literario; D. José Manuel Alda Tesán, catedrático; Dr. D. Emilio Alfaro, secretario de la Cátedra "Gracián", y D. Antonio Serrano Montalvo, secretario de la Institución "Fernando el Católico" y del Jurado.

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/0643

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

FABULA DEL TIEMPO

Colección "San Jorge"

1

Premio

«San Jorge»

1969

ROSENDO TELLO AINA

FABULA DEL TIEMPO

Institución "Fernando el Católico"

Zaragoza

1969

Publicación núm. 477
de la
Institución "Fernando el Católico"

IMPRESO EN ESPAÑA
Depósito legal: Z-374-69

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza. 1969

A Maribel,

mi mujer.

I

RESPLANDOR DE LA SOMBRA

Resplandor de la sombra

QUE hacemos aquí todos,
decidme, hermanos míos,
aquí todos, decidme.
Oh cuerdas desteñidas, destemplados
violines, arcos rotos, decidme;
mezclados en la danza, oh zozobra,
reunidos
para esperar, cerradas las ventanas.
Borra la oscuridad los ojos.
Ay terrible
belleza
de contemplar el iracundo rostro de la sombra;
ay lumbre, lumbre, lumbre.
Calles sombrías, plazas
abandonadas, largos corredores.
Decidme, musas mías, mis dioses poderosos,
que alimentáis el dulce espíritu del vino,
que gratamente alzáis
copas de arcilla tierna y pudorosa,
velos de sobresalto,
mostos de niebla pura.

Quién, quién podría, hermanos,
pediros cuenta ahora de vuestro desvarío,

del voluntario olvido que os empuja
a contemplar las rosas violentas,
descosidos los pechos y los muros
en llanto,
aquí y allá esparcidos horizontes
de terror vigilante.
Cruzados los umbrales se alza el sueño,
el reino violento de la sombra,
el gozne del amor enmohecido.

Decidme, hermanos míos,
qué nudo a vuestros ojos ata el sueño
y veis todas las cosas con ternura,
con vaho de esperanza;
y vais, cantáis, decís, prensáis las voces
y algo se escapa al fondo,
al fondo queda
como un anochecer de luces mondas.
Y paseáis, hermanos, bajo el mar, bajo columnas
esbeltas, bajo techos
de riente esmeralda.

Decid, decidme ahora
si habremos de volver atrás los ojos
heridos en el viento de la ruina,
o habremos de partir con la mirada
caliente a un sol nocturno,
ay lumbre, lumbre, lumbre.
Decidme, hermanos míos.

Arpas de miedo

PASAN a la trasombra rostros graves
y hunden sus manos en la luz, deliran
sus ojos un instante y se retiran
temblando en su fondor, sombrías aves.

Se adentran suspirando en mar las naves
de sol tundido en remos y deliran;
hondas suspiran, cantan, giran, viran,
volando en desazón, gimiendo suaves.

Oh su pasar, su entrarse en nubes puras
de sombra dolorida, oh su encimarse
por bocas de espesor, arpas de miedo;

cuerdas de amor batiendo las amuras,
ramos de viento a golpes de encanarse.
Oh su quedar temblando en el denuedo.

Silencio innumerable

LLAMA doliente en musgo se derrama,
luna de niebla en rayo polvoriento,
luz abatida en llanto, fría grama
con resplandor de moho soñoliento.

Lento el silencio sube, lento el viento
blande graves los rostros, los inflama
—cristal de piedra, loes ceniciento—
en vuelo de espesor, materia en llama.

Larga la sombra, oh sombras florecidas,
vibráis en el silencio innumerable,
pies en el fondo, el párpado vacío.

Veis más allá del ver, hojas perdidas
del árbol rumoroso, oh ya innombrable
rumor trenzando el vuelo de hondo río.

Banaguas

1

LAS NUBES

CRUZAN en llamaradas su desvelo
mieses del mar, oh pompa florecida
de sombra en resplandor febril, batida
exhalación que escombra en mar el cielo.

Nubes al viento de alta copa hendida
que filtran aires de sombrío velo,
ramos de luces acres, cal en vuelo,
atardecer de bruma enloquecida.

¿Qué sois bajo este vuelo, nombres canos,
figuras soñolientas? ¿Y qué el viento
de vuestro acontecer, almas vacías?

Sin sombra vais, oh sombras de ojos vanos;
sin sueño, mudo sueño polvoriento
de tanto florecer en sombras frías.

2

LOS CAMPOS

MIRANDO hacia la ruina, ojos perdidos:
¿qué mirarán los ojos, desolados
campos de amor llevar? Lentos arados
abren el pan, arados abatidos.

Mirando al aire, ay, ojos doloridos,
con tierra de mirar aires cansados;
¿qué mirarán los ojos aventados
con luz de despertar aires dormidos?

Mirando al cielo de mirar oscuro,
nubes sombrías de pasar sombrío,
arcos de espesa llama alucinada.

Mirando mirarán, polvo maduro
gimiendo en el espejo del vacío,
sueño de insomne tierra desolada.

3

BANAGUAS

YA sólo un resplandor de sombra airada
tiene la piedra, un cobre de lamento;
ni un resplandor, silencio polvoriento
con niebla de sollozo en pozo anclada.

Plaza de luna en giro violento
donde la flor del muérdago cansada
sopla la ruina, oh hierba y flor ajada
que blande en eras el clamor del viento.

Cielo en escombros, nubes de la injuria
pasan sobre los campos como un llanto,
llama de desazón, vuelo de furia.

Grave es tu rostro, torre del espanto,
ya párpados vacíos tus ventanas.
Humo en el fondo gimen tus campanas.

Amantes en el sueño

1

A Jerónimo Farré.

LOS vi pasar al sol, buscar la fronda,
mirar el fruto al fondo, suspirando,
y tenderse en la orilla oscura cuando,
aún sin saber, el sueño más se ahonda.

Los labios quietos, hosca la mirada,
tensa y feroz por sorprender el beso
furioso de saliva en embeleso
y en chasquidos de sombra arrebatada.

Cañaverales de un azul rendido
que ennegrecen las hojas al encono
del aire del silencio que buscaban.

Se desconocen más en su abandono
dorado, en la tortura del olvido
de sorprenderse absortos. Y callaban.

2

DENTRO del laberinto palidece
el sueño absorto y un azul sombrío
perfuma el corazón; muy hondo el río
mece la fronda, al fondo resplandece.

Brilla la tierra, se hace transparente
de soledad y el viento la encadena,
ronda de arcilla, y en las hojas suena
la voz del sueño del silencio ausente.

Blanco espesor, la ausencia iluminaba
ramos borrosos de espesura al viento,
trémulo asombro de la luz cambiante.

Los vi pasar. La oscuridad borraba
sus pasos interiores al lamento
de un vuelo de belleza suspirante.

Luna en el mármol

OH mármol balbuciente, rosa fría
de despertar la sombra, mudo espejo
de un esplendor ausente, ojo perplejo
de un mineral no ver.
Melancolía

del no sentir elemental, baldía
plata de luna ardida en el reflejo
de florecer sin luz, trémulo dejo
de inquietud vacilante.
Oh la porfía

de ser y ser un hito de cal dura,
hirviente en la frialdad de un halo oscuro;
sueño que en yerto resplandor delira,

llama que un soplo de silencio apura.
De ser y ser en frío viento puro
alma de luz en piedra que aún suspira.

Fábula

NO me sorprende la visión del cuervo
que picotea lento y con sombría precisión
ya no sé qué semilla, o qué fruto, o qué grano,
y de su pico pende
la paja amarillenta,
y la piel se confunde
con el polvo bárbaro,
y su belleza equívoca
ya es una mota al viento.

Los que sabéis la trama del espejo,
su asombrada mudanza quebradiza,
reconocéis al fondo
una orgullosa lágrima
que no oculta el azogue.
Luna gastada.
Un signo suplicante
no puede detener ya tanta plata
de ruina.
Apenas elocuente el pensamiento
voraz de la madera,
y la flor empañada del metal,
y la moldura que rozó liviana
una mejilla,

y el cristal que aún tiene
un gesto avaricioso y su estupor.

Los que hilvanáis el hilo de la sombra,
su fábula y su juego,
ved que del polvo sube
la gruesa paja, el grano rubicundo
y la sombra grotesca que sonríe
tras el espejo mudo y silencioso.

II

DEL HOMBRE, DE LA TIERRA, LA SOLEDAD, EL VIENTO

La ciudad del olvido

A Carlos Bousoño.

NO oyera esa canción;
por sorprender su vuelo
tomé el pulso a la tierra del olvido,
y tramonté los cerros de ceniza,
y me puse a escuchar con el oído
pegado a cada sombra,
a cada giro del espanto.
Era un silencio oscuro y encendido,
no había más andar,
allí acababa el surco del camino.

Llovía ronco el sol en el silencio
y eran
luces y sombras juego tan peregrino,
que el azar se cubría con un velo transparente.
La ciudad del olvido.
Oh la sabiduría de ignorar,
oh la torpeza de levantarse,
oh del caer la luminosa ceguedad.
La ciudad de amarillos
pesares, los secretos

pesares,
melancólicos racimos
de dorada tiniebla y vergonzosa mansedumbre.
Los pámpanos, de altivos,
ya olvidados;
las ubres, hechizadas;
el dolor y la duda, consentidos
los resultados ópimos del tedio.

Venimos, venimos y venimos
caminando,
y aquí está la canción adormecida
en columnas de fuego, en capiteles
de vidrio,
al pasar la barca
un barquero me dijo.

Tierra de sueño

EN la llanura cobra transparencias
la tierra y se somete a los timbales
del viento y de la llama que calcina.

Liquen y musgo somos, hoya flotante,
zumo de cobre cuando el sol se esconde,
parda roca de broncos naranjales.

Venid a atardecer a estos baldíos:
el sueño de la carne
se puebla de ventanas y de ramos melancólicos,
altos de niebla en la encantada tarde inacabable.

Somos tierra de sueño, cal en llamas,
rizado mar al viento innumerable,
espigas desoladas en los ojos,
nube de ruina que se encana al aire.

Escucho la serena negligencia

ESCUCHO la serena negligencia
del viento,
ese pausado resplandor de las colinas,
zumo de sol que muere entre las eras del olvido.

Algunos aventasteis vuestros pasos
y la simiente aguarda en el camino perezoso.
Solemne era la espera,
solemne era el silencio que atesora
aquel como sollozo riente
que brota de la ausencia.

No quiero responder a tantas voces juntas,
oh dioses de las iras del recuerdo,
avariciosos cerros
en desazón.
Si tan sólo pudiera reprenderme,
inquietas horas de expectante paso,
diera a vuestra cadencia otro concierto,
otro rumor,
tal que la noche fuera
más confiada y próspera en su hartazgo.
El sol naciente atropelló mis ojos,
crestas iluminadas,

y al declinar
adormeció mis huellas
en el sueño de un tardo no llegar apasionado.

Viñas de sol, colinas de fragancia,
eras de tamo florecido, puros
pámpanos altos, hiedra
que escala en hondos, presurosos ríos.

¿Qué dice este radiante ventear del aire?
Alguien que fue me coge largamente
del brazo y me acompaña,
entrecantando,
y me hace recordar, y si me dejo,
sencillamente olvido en la distancia
rendida de la tarde
granada de septiembre.

Soledad

Mi soledad, al fin, viene y me enciende
los ojos y me dice
palabras consonantes al oído
y tiene un bronco nombre de quejumbre
y arcos de lluvia y rostro
de un irascible viento y manos
innumerables.
Y me pongo ahora
a hablar en voz pausada y grave
y os atiendo,
atiendo, hermanos míos, me rodeo
de vuestra soledad también clamante.

Ya pesa esta querencia, este abandono
de lágrimas altivas,
fecundo reconcomio
de mi tierra, ay, Anteo,
tendón y liquen fértiles.
Oh mi ciudad,
no te odiaré por lo que tienen
de idílico esas viñas
de compasivo viento,
de flauta y flor de pan estos barbechos renegridos,
esta arcadia serena que alborea en los chopos armoniosos.

Oh mi río de líquido retórico,
ya viejo salmo de alto pasar,
honda fragancia
de recordar y hallarse en el concierto de las horas,
mis horas interiores.

Viene despacio, limpia
mis ojos y me canta
palabras verdaderas
y me enciende
la libertad a un dulce sol nocturno,
su antorcha en las rodillas de silencio.

Amarga tierra

OJOS que se encendieron en la brasa
de estas agrestes lomas no han de temer la sombra desgarrada.

Manos que encallecieron bajo el látigo de llamas
del viento han de palpar la mar tallada.

Pies que se adormecieron al bramido de la estepa calva
han de poder andar, han de poder cantar sobre la roca amarga.

Venid a contemplar esta garganta
de voz angosta, estos barbechos de la barba cana.

Estos cabellos ciegos de alucinados pinos y carrascas,
chopos de plata sobre cruda marga.

Lengua que se hizo cuerda de campana
no ha de sonar en el metal de un alba.

Tierra adentro

ME cuesta recordarme,
batido por el cierzo en la sedienta
llanura del Moncayo.
Vivo como un extraño
en una airada somnolencia,
o en mil rayos de niebla pertinaz.
Ignoro a mis hermanos de tierra adentro,
esta tierra que sueña a calcinados
gritos,
que duerme con ronquidos
de sol y de turbión estéril.

Paseo solo y marcho por caminos
encantados de encinas.
¿Quién colgó a mis espaldas
cien montañas y al pecho
dos ríos de melancólicas arcadas?

Mediocridad (ah, no la tuya, Horacio,
dorado Horacio),
mediocridad que pasa,
monstruo que sopla en párpados vacíos,
lluvia en las manos, cal, lluvia de cal y sombra.

Me cuesta recordarme,
no puedo repetirme en el instante
preciso
y voy por puentes aterrados de silencio.

Cigarra de la sombra

COMO un aliento oscuro
de la siembra tendida, cigarra de la sombra
el sueño de la tierra, que se copia a sí misma,
recoge ya su fruto en un invierno pálido.

Golpes ciegos, la azada hinca su diente
con resonancia muda.
En la albarda las hoces
son una fría música de púas erizadas.

El polen de la sombra
las copas contamina
y las semillas arduas palidecen.

En el cruce del viento, entre lunares áridos,
allí donde se teje la canción de las siembras,
inútilmente aguardo.

Madrigal

ATICA tú más bien.
Ay, si no fuera
por tus dioses sombríos, bien pudieras,
golpeando la noche,
tejer baile festivo de colinas
y no tozales de clavel sangriento.
Ayuntaras
álamos con el sol, pámpanos puros
con olmos cándidos,
salmos de aires en flor
al esplendor de tu vencida primavera.

Atica,
si no fuera
por ese resplandor, puñal hiriente
que tu piedra desgarra,
ampollas antes bien de tu ternura;
por tus manes románicos,
la arenisca que soplan,
ojos de polvo en arcos,
lumbre de espejo en hojas,
raíces en columnas.

Si no fuera,
oh capiteles lentos,
capiteles,
abanicos en llamas, oh belleza
furiosa derribada.
Voy pasando,
pasando
bajo tu vieja cúpula encendida.
Doblando,
voy doblando
mi soledad de ser bajo campanas
campana de la sombra,
sombra con campanas...

Como un niño

ME he internado en la noche
y mil luces confusas
han mentido el camino.
Voces al fondo,
besos furiosos,
carnaval del aire.

La arcilla absorbe un viento
rojo de llama y silba la tiniebla
sobre un techo de furias.
Oíd, que un muro al fondo
no es tan vana
consideración.
Y un rostro que se dobla
de abandono y espanto
no es una presa fácil,
tampoco despreciable.

Una mano de niño que se tiende
con llanto suplicante
no es ya una mano cándida de niño.
¿No hay ya manos de niño
para imitar un gesto

de dádiva inocente,
de compasivo don?

Pues una mano
de niño es internarse
por la noche profunda,
desolada.

Número indivisible

Y soplaré en el polvo
y arderá la espiga,
su caña mustia y su viento.
Y moriré seguro a cada sombra,
cada hora la sombra más distante,
más recortado el paso
y la canción pueril.
La compasión segura y el cansancio
seguro de unos ojos,
la secreta
segura incertidumbre de unas manos
venales.
Así como el olvido que tengo de vosotros,
pasos descompasados,
que no sé dónde vais,
máscaras polvorientas
de atardecer tan lejos de mis huellas.

Divorcio purulento que mueve las raíces
hacia una tierra oscura
y no consiente ver con claridad.
Oscura confianza,
clarividente don
de hallarme confundidos
los ojos para un no ver luciente.

Pues no se puede andar en el concierto
de las lamentaciones,
pues no se puede ver en el asombro
de unos besos furiosos.

Imaginar,
el sueño de prever
se me ha negado.
Soy un hachón de niebla
que abate un muro espeso,
una inminencia de futuro cercenada,
un presente
que arde en una antorcha de humo.
Número indivisible.

Rincón oscense

LA luz casi se oye
cuando cuelga en volutas
muro abajo
con su fresca sorpresa.
Primero es una lluvia
difusa en rosetón
que sorprende al alero;
la canal del tejado derrama violáceas
gotas;
naranjas apagados
tan apenas replican,
absortos en la fronda
de opacos aljezones.
Una parra dormida de crespones marchitos
alienta la ventana
que cuelga de sus nudos humildes prendas rotas.
La humedad se abre en ojos
de cales empañadas,
en flores de arenisca dolorida.
Telarañas hilvanan el moho de los bloques
desprendidos.
De fuera a la penumbra
de las salas vacías
hay sólo la distancia

de una larga mirada de madura tristeza
por donde un niño pasa su alborozo harapiento.
Azules vergonzosos,
pudor del amarillo,
enronquecida, equívoca
ira del rojo,
blancos,
grises, panes de sol hirientes,
cocidos en la injuria cotidiana.

Abajo, entre las losas,
la sombra hincha su vientre
y sopla entre las heces del polvo florecido.

Muros ausentes

APRENDERE a callar ante vosotros,
áureos
muros ausentes de memoria espesa,
quietos al vuelo augusto
de vuestra cal en flor,
piedra que vierte su razón en la obstinada
fragua de tierra y cielo.

Ay, si pudiera ahora
dorar esa coraza,
esos frágiles hierros y sus óxidos
de un bermellón hirviente.
Pisar esos dinteles clamorosos,
besar la imagen muda de un deseo
que la hiedra convoca.

Húmedo sueño en lirios
de desamparo,
en hojas
de sombra en claros
de galopada bajo la repisa
de un ventanal
que un parteluz confía
a doble incertidumbre silenciosa.

Ay, sombra, sola luz de tanto vuelo
dubitativo, tanta
ahora pesarosa violencia,
caza borrosa bajo nubes hondas
que desentierra un horizonte airado.

La malla de la tierra

A José Antonio Labordeta.

ENCERRADO entre rejas,
tendido en los vaivenes
de unos manes inhóspitos
para el concierto familiar,
para el coloquio
de la hogareña charla.
Cómo oprime
la malla de la tierra,
cómo pesa
la imagen del rencor nunca extinguido!

Azucenas de lava, flores ácidas
de la ceniza impar, broncas orquídeas
de fuego en el compás
de los adioses
irrespetuosos.
Laméntate,
no culpes al silencio en la avenida
de las rosas extáticas,
al mar en sus estelas
multicolores sobre el balanceo
de un tono en la distancia modulado.

Respira una vez más el aire mudo
que se tiende en las viñas y envanece
los secretos mugidos de la gleba.
Contempla esa apariencia vegetal que el sueño
pone en las copas de la tierra insomne.
Bajo velas sombrías
oscurece su gesto un horizonte arcaico
y es grave la canción entre los olmos.

Copas de humo

NUNCA como esta tierra
me despertó el deseo,
soliviantó el deseo de despertar
hogueras en el cielo,
enloquecidas
antorchas, copas de humo.

Echada la semilla, muerde el viento
bajo el mantillo en temporal y sopla
su crecimiento al fondo, y es arriba,
bajo la arcilla trémula,
redonda llamarada cenicienta.
Porque el árbol no crece
sino hasta la medida de copuda
madurez, copa redondeada
de un esplendor caliginoso y térreo.

He de crecer en ramas hacia abajo,
midiendo el peso siempre
de la arcilla y su fruto,
y el bramido del viento y su abierto dentelleo.

El azúcar del grano no es del cielo,
apenas si su flora la irascible pulpa

del resplandor del día;
es esa luz que hiere desde abajo,
donde una sombra dulce
se templa en su metal,
su mineral fragancia estremecida.

Así que he de crecer en sombra
o en redonda tiniebla,
sólo para volcarme
en cumbres hacia adentro,
cúpulas invertidas
del crecimiento mineral;
o descrecer más bien, o decrecer,
y esperar, ya solamente
esperar, esperar.

III

NOMBRES VERDADEROS

A Jesús Manuel Alda Tesán.

El nombre verdadero

A Maribel.

¿QUE nombre te daré, qué nombre ahora
que sea tuyo?
Nombre de corona
a un silencioso afán, florido acento.
Tú, encendido
muro de mansedumbre, cima
de púrpura, rodela
del esplendor,
rosa del viento.
Pronta en venir, en retirarte lenta,
fugaz en el sollozo, ardua en la hora
de la desolación.
Venías llena
de mi nombrarte y eras puro nombre
con sílabas de fuego,
sola fuente
de tu etimología siempre en flor.
Diosa serena, madre que confía
sus fuerzas al empuje
de su coronación y alza en la llama
su vencimiento firme.

Tenías que venir, era la hora
furiosa del espanto.
Cenizas abatidas,
nenúfares en llanto y pétalos;
sí, pétalos en lágrimas,
olmos gimiendo entre la noche cándidos.

Hiere, nos hiere el rostro
de innumerable forma,
y estrujas la ceniza,
y del dolor ensayas
máscaras de ternura,
eco de voces silenciosas que aún no emites.

Amistad,
oh belleza,
oh reina clara y pura
del orden,
madre en llanto,
verdad acongojada: — tú, mi amiga.
Amor,
silencio, ardiente,
enamorada llama
que surge del cansancio que vigila,
oscuro son que prensa
una inmortal querencia:
tú, mi amor.

Cuando Venus cimbrea
sus copas en el aire,
sus luces en el terso
cristal y alza su carro verdellama,
su viento solitario sobre el velo

de un esmeralda en flor que el sol le dora,
vuelto hacia abajo en sueño refractario,
tú sola, diosa mía,
corona del silencio verdeante,
mi Maribel, me cantas;
tú sola, empuñadura
de fortaleza en arco,
cetro de lirio en calma;
tú el amor solo,
mi Maribel,
mi nombre.

Poema a mi padre

LE llamaban Perico. San Francisco
de Asís, digo San Pedro
de Asís o de Letux, ¿qué importa ahora?
Hermano,

mi sanfrancisco hermano
de tierra madre, compañero,
oh padre pensativo,
oh santo de tu tierra esclarecida.

Venías con un ramo
de terebinto, con un fajo
de ensoñación que te colgaba
como un mástil de ternura,
hondos, ya más allá del ver,
hondos tus ojos.

Venía
con un llegar de ahora,
en ásperas caricias solapado,
con un irse después cual si cantara
con un soñar que estará dando
aire dormido a sus olivos.

¡Quién podría contar tanta aventura!
Su azada milagrosa, su barbecho
que alzaba como un manto,
su higuera
de tierna leche cándida que él cuidaba.
Sin sombra, sin cansancio o gimoteos
estériles.
A solas con su tierra,
su mirada y sus brazos
fecundos;
no en protesta, pues supo
desafiar al sol.

Vuelves ahora, vuelves
con gavillas de sombra,
tus hoces y tu dalle
que afilara tu piedra,
piedra dulce con motas de naranja,
tierno moho de plata floreciente
y su venilla azul y jalde.
Vienes, vienes, no pases,
aunque vuelvas después con un quedar más hondo,
con el sueño cantándote sonoro;
oh tu soñar que entiendo,
sí, que ahora entiendo.

La casa paterna

CAL de carmín y muérdago florido,
son del amor, orégano,
corteza de silencio que se agrieta,
ocre en el viento de la ruina,
muros, adobes, barro de pan y beso.

Las puertas con carcoma de ternura,
el tiempo en el alero suspendido,
luces adormiladas en las lámparas,
tiritando en el yeso,
gimiendo en los rincones de encantada penumbra.
Y en el fondo una cueva,
la cueva del rencor adormecida,
cuevecilla de miedo y de sollozo.

La artesa para el trigo,
y la vendimia
soplando en las bodegas
el vino silencioso.
Talegas de la injuria, mostos de ira,
sacos de la patata,
diosa madre,
oh Ceres, diosecilla
que hinchas de amor la gleba.

Un viento oscuro sopla sobre el techo,
las tejas como crótalos repican
airados en los dedos del espanto,
tiembla la chimenea, y los maderos
se pueblan de rumores melancólicos.

Los bieldos, bieldos de oro,
bieldos de cal y sombra, vuelo en llamas,
trilla que espesa el cielo y lo confunde,
ruina de tamo abriendo remolinos
de luz acuchillada.

Sentados ante el fuego dos ancianos
—lirio abatido, barba pensativa,
oh venerables testas, padres míos—,
les borra la mirada una humareda de silencio.

Huesca

A Manuel Seco Reymundo.

EN un principio dioses impasibles,
cuya sonrisa resonaba en mi interior como una gárgola,
me contemplaron benévolos,
sin cambiar su postura vigilante.

Parques de sol, asientos verdemusgo bajo ramas
delirantes, rostros inquisitivos,
gestos
recónditos, fachadas con un aire de interior
susurrante.
En el fondo el sangrante enigma.

Y pasaban las calles, el viento iba despacio
empujando los ecos, abriendo tibias hojas
de un resplandor oculto.
Viejas voces
amigas, arcos rotos, penumbras sigilosas,
y el clamor, el clamor
de puro resonar ya silencioso.

En las esquinas cal, en los balcones cal,
rastrojos en las calles
meditabundas,

sombras agazapadas en las costanillas,
y una higuera asomando su cresta verdellama
por las barbas de un muro calcinado.

El polvo adormecido entre la piedra
y una mano invisible tras el silencio urgente
y una larga cabellera de penumbra
y la plaza una hornacina donde encubre su rostro
una doncella blanca de siete siglos y medio de existencia
polvorienta.

En un principio era mía esa existencia,
y la larga tristeza de sus ojos,
y el arco de su sonrisa arcaica,
su capitel y su cruz,
y su torre de nostalgia tambaleándose.

Un montículo de arena puede abrirse
y allí crecer un nido de marga
y el viento roer con su puñal
y aparecer un rostro de cardenal u obispo
o la efigie orante de Lastanosa
o un pensamiento de Gracián como una aguja o una espiga
o una espiga como una cruz
y su pan cereal y votivo dedicado a un templo
y un torreón con dentículos rotos.

De la acrourbe se desciende a un valle
de cúpulas sombrías
y canalillos de intermitente líquido,
de hondo caudal austero.
Allí, en el doble espejo
de cielo y tierra,

abre su faz nuestro dolor en sienas pardos,
en blanquecinos ocres, en simientes
de naranjal.
Y ésta es mi tierra
ésta es la causa de mi existencia absorta
de mi abandono
lunar de mi silente
incomprensión astral oh dioses míos
de la voraz mirada
gesto furioso en arcos conopiales
para una ausente sombra ensimismada.

Letux

1

LO canté muchas veces sin pensar en el nombre,
único nombre recibido sin consejos.
Oh numen prodigioso,
lo nombro tantas veces y su sombra me canta
como una honda música que llega y no se piensa.
Decir Letux no era sino sencillamente
decir Letux, citar sus cinco letras
con la equis colgando
como una araña oscura
tendida de la torre radiante de mi infancia.

Nombre oscuro que siempre he entendido
por el amor de un cielo de verano,
por el bieldo sonoro
y el ábrego de invierno,
y una luz arrecida que va de los aleros
abriendo las pupilas de la calle desierta.
Un atajo por donde trae el coche de la tarde
una luz encendida de esperanza,
el fulgor de unos ojos deseados,
la mano familiar que el pan de la distancia ha macerado
en lágrimas.

El Cabezo del Lobo, la cresta azul de Herrera,
y en la torre, que tiene un plata lívido,
el ojo del reloj parpadeante.
La cruz griega del valle,
el río Aguas
removiendo sus ábsides de fronda,
los olivares mudos cabalgando hacia el llano.

Fiesta mayor.
La procesión asoma
a los balcones hondos, donde canta
su paso San Ramón, Ramón Nonato.
Vierais allí la pana floreciente;
allí el percal sufrido,
el multiforme
lino y el rumoroso terciopelo,
una campana de alcanfor abriendo
su secreto recóndito sobre la piel del arca;
allí las alpargatas y las boinas
que encubren la profunda
sentencia de la tierra.
Iste confessor Domini colentes,
quem pie laudant populi per orbem.

La tercia llameante —oigo una voz que sube
en espirales hondas—, y el rosario
mayor, y las braceras voces,
coro de hirsuto vello,
y el sahumerio
del pueblo que se enciende en las campanas,
Virgen de los Dolores,
Virgen Santa María de las Nieves.
¡Oh liturgia del aire cantando en la memoria!

2

Yo nací en una casa
de adobes luminosos.
Sencilla alegoría:
florecían las parras del granero
y el sol de la penumbra
calentaba los frutos de tristeza.
Es una parte oscura
que quiero iluminar.
Las hojas secas
os hablarán con precisión y asombro
del tiempo volteado en los aleros,
del caer de sombríos canecillos,
golondrinas tardías del otoño.

Las flores minerales en el grueso
del muro,
y el gorrión de la gárgola,
y la lechuza de la esbelta chimenea
que al humo del hogar
me hablaba en la distancia.
El establo que aún muge
por la alfalfa que avisa desde lejos,
y la mano del heno tendida hacia la baba
de los húmedos belfos,
bramantes las pezuñas.
Cuarto bajo donde se hiló la sombra
de mi tristeza ausente.

Allí las hoces,
azadas y tijeras de podar;
allí, con sol dormido,
el espejo de los dalles,
y las cigarras susurrantes de los bieldos;
allí las cereales, enclaustradas
luces.
Y la piedra que afila la sombra,
y la muela del tiempo que gira ingobernable.

3

Aquí el rostro del símbolo
descubre ya su cara
bifronte,
y su sonrisa equívoca
se torna unifacial;
el destino se muestra transparente
y la tierra ha parido su secreto.
Vayan, pues, símbolos ligeros bajo cúpulas doradas,
imágenes floridas y cuelguen de sus hilos
palabras, los nombres verdaderos, las palabras.
Yo los recuerdo ahora ventaneantes:
el Palomar, la Dehesa, Valdepuerco,
el Carrechal, Batán y Miralbueno;
Santamaría, la Chanera y el Pozanco,
Campillo, Picamillo, Ojos del Prado...

(Y todas las tardes, camino de la Dehesa, hacia la Fuente del Baño. Bosquecillo de Dafne. Bosquecillo pálido con su sexo

florido de jinjoles y juncos. Ingle madre de carnes resequidas con cantueso. Mis poetas, polvorientas las sienes en el alba de la tarde, aún dictan en mi oído un pensamiento único que allá estará flotando.

Sea este pensamiento mi palabra postrera
recobrada en las alas de la sombra ligera.)

4

Y queda la Cerrada,
huertecillo concluso:
sea ya la Cerrada.
El símbolo sombrío
acuda y que su nube
desparrame mis ojos.
La soledad el viento
atice y que una sombra,
esbelta voz ausente,
pode los mudos árboles,
se incline hacia los surcos
y despierte los brotes,
los brotes cenicientos.

La eternidad airee
las copas silenciosas
de la fecunda higuera,
e hinche los caballones,
y una canción aliente

los sufridos arados,
y se ensombrezca el cielo,
la gleba se estremezca.

Dejad —lo quieren mis voraces lágrimas—
que se oscurezca aún más y más la fábula.

INDICE

I. RESPLANDOR DE LA SOMBRA Pág.

Resplandor de la sombra 9

Arpas de miedo 11

Silencio innumerable 12

Banaguas 13

1. *Las nubes* 13

2. *Los campos* 14

3. *Banaguas* 15

Amantes en el sueño 16

1 16

2 17

Luna en el mármol 18

Fábula 19

II. DEL HOMBRE, DE LA TIERRA, LA SOLEDAD, EL VIENTO

La ciudad del olvido 23

Tierra de sueño 25

Escucho la serena negligencia 26

Soledad 28

Pág.

Amarga tierra 30

Tierra adentro 31

Cigarra de la sombra 33

Madrigal 34

Como un niño 36

Número indivisible 38

Rincón oscense 40

Muros ausentes 42

La malla de la tierra 44

Copas de humo 46

III. NOMBRES VERDADEROS

El nombre verdadero 51

Poema a mi padre 54

La casa paterna 56

Huesca 58

Letux 61

Se acabó la impresión de
FÁBULA DEL TIEMPO el día
9 de noviembre de 1969,
festividad de San Teodoro.

LAUS DEO

COLECCION

«SAN JORGE»

★

1

EXMA·DIPVTACION·DE·ZARAGOZA·INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·

C. S. I. C.